de las ilusiones y ligerezas, vive también la Virgen con sus padres o con San José, y cuida Ella de la casa y hace por Sí misma todos los trabajos, por laboriosos que sean, y lo eran más que al presente. Después de la subida de Jesús al cielo vive con San Juan, cuidándose Ella de los trabajos de la casa y de los cristianos convertidos que acudían a ver a San Juan y a Ella.

La Virgen no estuvo mano sobre mano, sino ocupada en su casa. Pero estaba en sus ocupaciones y trabajos ofrecidas a Dios con la atención, en presencia continua de Dios. En todo momento la Virgen decía como al arcángel: *He aquí la Esclava del Señor*. Hacía de sus trabajos oración. La Virgen vivía recogida en oración; la Virgen vivía en la soledad y despego de las cosas, en trato muy íntimo y muy a solas con Dios, y su trato era sumamente afable e igual con todos, porque miraba por encima de todos a Dios y servía a Dios en todos. Era la Madre amable. Vivía en continua oración, en esa oración que debo yo también vivir.

200. En esa vida santa y abnegada, en esa soledad de amor, la Virgen vivía el deseo más vivo y ardiente hacia Dios. ¿Quién no sabe que el deseo es la cavidad del corazón y la capacidad de amor de la voluntad? ¿Quién no ha experimentado que el deseo aviva la memoria y enciende la imaginación y es la fuerza y el impulso de la voluntad?

El deseo busca y busca con un ansia en proporción del mismo deseo. La Virgen deseaba a Dios sobre cuanto puede imaginarse y porque le deseaba con todo su inmenso deseo le llevaba grabado en lo íntimo de sus potencias y de todo su ser. Estaba totalmente ofrecida a El, le veía con los ojos de la fe y en continuo recuerdo, llenando su alma; vivía con El y para El en lo más íntimo de Sí misma. El alma de la Virgen dio a Dios la flor de la hermosura, del amor, de la entrega, de la más fiel fidelidad. La Virgen fue el alma más santa, fue el más delicado cántico de amor, de agradecimiento, de alabanza a Dios, que la criatura ha cantado a su Criador.

El cielo es todo cántico de amor. El cielo es todo cántico de alabanza y armonía de gozo. El cielo es exaltación de amor, ya glorioso y perpetuo. Si la Virgen no fue todavía la exaltación de amor glorioso, sí fue un cielo de alabanza y de agradecimiento. Fue un cielo, porque Dios la llenaba de sus misericordias y se hacía presente en su alma. Fue la maravillosa obra de Dios.

También yo quiero, Dios mío, dejarme amar de Ti. También quiero recogerme a solas Contigo solo y que llenes mi alma con tu presencia, como llenabas el alma de la Virgen. También quiero yo estar ofrecido a tu servicio y serte fiel con fidelidad delicada para que puedas obrar en mi alma tu obra de amor.

La Virgen fue humildísima. *Porque vio Dios la nada de su Sierva... hizo maravillas en Mí el que es Todopoderoso. Mi alma le engrandece y se ve llena de gozo en El.* La oración de la Virgen nace perfecta de la humildad, de la fe y del amor. La humildad la enseña que lo necesita todo y ha de recibirlo todo de Dios; el amor la dá confianza para pedirle, y la fe aumenta la confianza de que el Señor se lo ha de conceder.

201. No necesitó la Virgen cursar estudios para aprender a hacer oración y para hacerla con la perfección con que la hacía. Dios fue el Maestro que enseñó la oración a la Virgen, y Dios, el Maestro que puso en sus potencias el altísimo conocimiento de las perfecciones divinas y la suma veneración hacia Dios. El conocimiento hace nacer el amor, y la oración es ejercicio de amor; el que ama a Dios sabe orar y sabe confiar en Dios y sabe ser humilde.

Me engaño yo mismo para no hacer oración y para no hacerla tan perfecta como debo diciendo que no sé o que no tengo conocimientos. No me doy cuenta de que lo que necesito no son conocimientos, sino amor y fidelidad al Señor. El Maestro que habló y enseñó a la Virgen y a los santos fue Dios y les puso un más alto conocimiento y mayor afecto que el que tuvieron los más renombrados filósofos y teólogos. Tengo que tener pre-

sente que estoy en la oración con Dios, y Dios es el Maestro y es la misma Sabiduría, y yo el discípulo que no sabe y voy a aprender. Es Dios Maestro y Sabiduría el único que me puede enseñar la oración, como se la enseñó a la Virgen y a los santos, y es Dios quien tiene que hablar y enseñar, y escuchar y atender en silencio. La oración no es arte humano, sino ciencia divina. La Virgen, enseñada por Dios, tenía un conocimiento más alto y más vivo y mayor confianza en el Señor que los sabios. La fe la daba el conocimiento y la enseñanza, porque la fe es lenguaje de Dios. Por la enseñanza de la fe se había ofrecido la Virgen y vivía en la confianza del Señor.

202. Muchas veces he pensado yo cómo sería la conversación de la Virgen, si sería abundante en palabras o más bien silenciosa y de pocas palabras. Preguntaba yo esta duda a un alma santa y muy instruida y me dijo sin vacilar: «La conversación de la Virgen al exterior no pudo ser muy abundante en palabras en la vida de familia. Nosotros nos comunicamos todas nuestras impresiones y nuestras ideas por la palabra y repitiendo. Necesitamos la expansión de nuestros pensamientos, no sólo para la convivencia, sino hasta para la salud, y la conversación nos da el conocimiento mutuo y la confianza. Pero la Santísima Virgen era de poca conversación, aunque muy amable, porque

tenía la luz y la alegría dentro de Sí misma, con tanta claridad y serenidad y con tan apacible trato y gozo, que no sólo no se resentía la salud de su cuerpo, sino que era la más agradable y amena recreación.»

Y sobre todo esto me hacía resaltar esa alma santa y de mucha doctrina que Jesucristo, visible, en quien se miraba la Virgen, y Dios, invisible, obraban en el alma y en las potencias de María a manera como Dios obra en los bienaventurados en el cielo. En el cielo Dios infunde las ideas y los conocimientos, que comunica a los ángeles y a las almas dentro del entendimiento directamente; pone la luz clarísima, gozosísima, ciertísima, adentro, comunicando las especies inteligibles y las verdades directamente en sí mismas sin necesidad de palabras y sin necesidad de imaginaciones. No puede haber error, porque se ve la verdad en sí misma y en Dios, se ve en silencio y sin intermediarios en la claridad y en el gozo de Dios.

En el cielo no hay diversidad de opiniones ni de palabras, ni puede haber opiniones ni expresiones inexactas. Se ve, me repetía, la verdad en sí misma y en la infinita verdad, comunicada por la misma Verdad infinita. Pues Jesucristo comunicaba principalmente sus ideas y sus pensamientos a la Virgen y ponía las ideas dentro de su inteligencia; la Virgen veía dentro de Sí toda la luz, toda la claridad, todo lo que Jesús quería comunicarla,

sin necesidad de expresarlo con sus labios, y lo veía con toda exactitud y sin error alguno.

Ni disminuía por esto la amabilidad, la amenidad ni el encanto de la casa de Nazaret, antes aumentaba la poesía y la ternura y la confianza mutua por la certeza y seguridad de la unión. Podíamos decir que se veían mutuamente las ideas. Vivían en silencio de admiración, en el gozo de la verdad. Se comunicaban inteligencia a inteligencia, sin el estorbo de la palabra de los labios. Nunca el amor ha estado tan compenetrado en la tierra ni tan amable.

De esta luz y verdad procedía la oración íntima de la Virgen y la íntima y viva presencia de Dios. Bebía amor infinito en la fuente del Amor infinito, y el amor la llenaba toda y la iluminaba. De ahí su perfecta consagración a Dios.

También yo me he consagrado a este divino amor. También debo andar continuamente en la presencia de Dios y viviendo y envuelto en su amor. También Dios habla directamente a mi inteligencia por la fe y me enseña su verdad segura, aun cuando todavía a oscuras. El mismo Dios que estaba en la Virgen está en mí. Con el mismo Dios que trataba la Virgen trato siempre y de modo especial en la oración. A Dios debo ofrecerme, como ella en las alegrías y en las pruebas.

La condición humana, y más en la juventud, necesita de la alegría y de la expansión hasta para

la salud del cuerpo y para la serenidad y constancia de la mente y del espíritu. Santa Teresa dispuso que sus religiosas fueran muy recogidas y de mucha oración y de mucha presencia de Dios y silencio, y para que pudieran observarlo mejor y amarse más tuvieran dos horas diarias de recreación y expansión.

203. Y pregunto con santo deseo: ¿Cómo amaste Tú, Virgen bendita? ¿Qué hiciste para que creciera tanto el amor en Ti? La Virgen Santísima amó a Dios y cooperó para que creciera en Ella el amor cuanto creció, estando siempre ofrecida, estando siempre pronta para cumplir las disposiciones de Dios, estando siempre diligente para hacer la voluntad de Dios en todas las cosas, estando muerta a Sí misma y viviendo sólo para Dios, en la más perfecta aceptación aun de las obras más dolorosas y humillantes. Viviendo la más profunda y alta soledad, la envolvía e iluminaba totalmente la luz del cielo. Como su soledad era con Dios a solas, Dios mismo era el sol que la iluminaba y tornaba resplandeciente. Tratando y estando con Dios, aprendió a amar tan abnegada y calladamente; la virtud de la fe la unió a Dios tan íntimamente y guió a la mayor santidad.

Me figuro yo, y leo se figuran muchos, a la Santísima Virgen como redundando en un gozo sensible y en una ternura inefable; y, sin embargo, la

Santísima Virgen vivía la virtud de la fe de un modo más alto y heroico de lo que yo me figuro y muy lejos de vivirla siempre con ternura. Aquel Jesús que tenía en sus brazos y alimentaba con sus pechos, aquel Jesús que tenía delante y para quien Ella preparaba la comida y que había tomado carne de su propio cuerpo para encarnarse, no era sólo hombre, era también Dios, era el Verbo eterno, era Dios infinito desde todos los siglos, la había creado a ella, la había dado un alma y multitud de gracias, la había escogido para encarnarse en Ella y ser su Madre en la tierra. El Creador de todos los mundos y de cuanto existe, el que existía desde la eternidad, había nacido de ella y se alimentaba de ella y convivía con ella. No era sólo lo que veían sus ojos, sino por encima de lo que veían sus ojos, por encima de lo que tocaban sus manos y abrazaban sus brazos estaba la divinidad. Era el Verbo eterno, que tomó en Ella la naturaleza humana y estaba obediente a sus disposiciones de Madre. Como en Jesús, aunque había dos naturalezas, sólo había una persona, la divina, la Segunda de la Santísima Trinidad, María era Madre de Dios, de su Creador.

Y no venían los ángeles a servirla en todas estas ocupaciones y trabajos, como cuentan algunas leyendas; era Ella, con el cansancio y esfuerzo de su cuerpo, quien lo hacía; era Ella quien llevaba la rudeza de la vida de la mujer pobre de aquellos

tiempos. La Virgen, con espíritu de sacrificio y de abnegación y con el corazón lleno de amor, lo aceptaba todo de manos de Dios, lo ofrecía todo a Dios, en obediencia, en alabanza y en expiación, y lo sobrenaturalizaba todo y lo convertía todo en oración y en cántico de amor.

Me enseña con el ejemplo a que nunca me queje yo de nada ni me dispense de nada y a que todos mis trabajos y todos mis contratiempos y desestimas los convierta en oración y en canto de amor y obra de alabanza y expiación.

También mi vida toda y en todas mis obras ha de ser de fe: de fe al exterior y de fe al interior. De fe al exterior, confiando en el Señor para las cosas materiales y del cuerpo y porque esta casa donde vivo tiene a Dios por dueño. Y de fe al interior, porque me he ofrecido a Dios y para que Dios me labre tengo que ponerme abandonado en sus manos y aceptar todas las tentaciones, todas las arideces y todas las pruebas. La Virgen, aceptándolo todo y ofreciéndose, se dejó labrar, y Dios hizo la maravilla de la santidad. Tampoco dejará de labrarme a mí y hacer maravillas en mi alma si lo acepto todo y me ofrezco.

204. El arcángel vio a la Virgen llena de gracia y de ese modo la saludó. Pero Dios la había llenado de gracia, porque la había encontrado en todo pensamiento y en toda obra y en toda prueba

llena de delicadeza, llena de fidelidad y con la mayor prontitud para todas las inspiraciones.

La Virgen es mi modelo perfecto de alma consagrada, porque vivió la más perfecta vida interior, y llegó a esa perfecta vida interior, porque fue alma de perfecta oración, de amor, de continuo trato con Dios y de vida callada. La Virgen no pudo manejar muchos libros para aprender a hacer oración, porque entonces no los había. La Virgen aprendió en Dios mismo. En Dios aprendió la verdad del amor, y la oración es ejercicio de amor, y la presencia de Dios es vida de amor, y el amor a Dios despega de todo lo terreno y mundano, y el amor a Dios es la verdadera sabiduría y la verdadera riqueza. Todo lo tenía y lo veía la Virgen dentro de Sí misma en Dios y en Dios encontraba el lleno de sus deseos y de sus ansias.

¡Qué bien nos expresó Ella lo que en Sí sentía, y la expresión se centra en este pensamiento: *Dios en Mí y Yo en Dios y para Dios!* ¿Qué se le daba a Ella de los pasatiempos del mundo, ni de la apreciación de los hombres, ni aun de los bienes terrenos, que son espinas punzadoras? *Su alma estaba redundando de gozo en Dios, su Salvador.* Sentía el alma llena de gozo, porque Dios había tomado posesión de todo su ser y llenaba sus potencias, y cuando las potencias están llena de Dios se vive la perfecta vida interior. Dios es la vida de la tal alma. Y Dios me ha llamado a mí para que

viva esta misma vida de oración, de presencia suya y trato con El. Dios quiere llenarme de Sí mismo y poner en mí sus ilustraciones de amor y me llenará cuando yo haya muerto a mí mismo y al mundo.

La Virgen hacía el ofrecimiento de Sí misma a Dios en todas las obras; pero lo hacía de modo especialísimo en el sacrificio, cuando más cuesta, como inmolación; se ofreció como corredentora, en compañía de Jesús, y fue aceptado su ofrecimiento por Dios al pie de la cruz. Estuvo siempre ofrecida por la expiación de los pecados y se consumó el sacrificio junto a Jesús crucificado. Así amaba la Virgen a todas las almas en Dios y para Dios.

Muy poco nos narran los evangelistas de la vida de la Virgen, ni nos mencionan éxtasis alguno, ni nos dicen obrara milagros. Dejan que cada uno nos explayemos pensando en la realidad de las virtudes y de la vida interior de su alma. Esa es la grandeza y la santidad excelsa de la Virgen, y por ella la llamamos Reina de los Apóstoles, y de los Confesores y de las Vírgenes.

La Virgen no cambia de vida cuando, en compañía de los apóstoles, ha presenciado la Ascensión gloriosa de Jesús al cielo. Se recoge entonces con San Juan Evangelista y está a su servicio y al de tantos de aquellos primeros apóstoles y de los convertidos al cristianismo, que evangelizaban por el

mundo, cuando venían a visitar a San Juan y a la Madre de Jesús, y en María encontraban, no la deslumbrante catequista ni la obradora de prodigios, sino al alma humilde, que atendía y servía amablemente a todos y vivía escondida en Dios. La Virgen es aquí, como dijo en la Anunciación, la esclava de Dios y de los que sirven y predican a Dios. Servía a los servidores de Dios, y los sirve con humildad y bondad, y los sirve como lo hacía su Santísimo Hijo, con todo el amor de Dios y con toda la inmensa vitalidad de la vida sobrenatural interior. Ahí está su apostolado, el más eficaz y el más fecundo; ahí vive la santidad más perfecta; ahí encuentra a Dios y Dios continuamente la hace crecer en gracia y en amor.

205. La vida de la Santísima Virgen en los quehaceres externos es la vida más sencilla; en la vida interior, en la perfección y en el amor es la más grande y la más santa. Toda la hermosura, toda la vitalidad y grandeza de la Virgen está dentro, en lo íntimo de su alma, en el fuego intensísimo de amor, en la rectitud o pureza de intención y en la presencia de Dios, que continuamente tenía.

Los apóstoles recorren todas las naciones, enseñan la Buena Nueva, hacen milagros portentosos y son admirados y perseguidos. La Virgen vive, retirada en Efeso, en una casita pobre, sirviendo al Apóstol del Amor. Tenía cualidades muy sobre-

salientes para brillar en el decir o en el escribir, tenía gracia y encanto extraordinario para tratar y conversar con las gentes, tenía hermosura y modestia deslumbradora y edificante; ni es exagerado pensar la dotaría Dios con el don de hacer milagros; y la Virgen concreta su actividad en la vida interior más santa y perfecta y en servir a los siervos de Dios. Vive la vida de dentro, de oración, de súplica, de ofrecimiento y expiación, y el exterior calla.

Como en Caná pudo probablemente hacer ella el milagro de convertir el agua en vino, pero muy amable insinúa a Jesús que lo haga y lo hizo ante el deseo de la Virgen, Dios convierte las almas por la súplica de la Virgen quizá más que por la predicación de los apóstoles, pero no sin esa predicación. Todo es necesario. Ella acompaña en su espíritu a los apóstoles y ruega por ellos, pero vive callada, silenciosa en oración y amor.

La Iglesia nos enseña a invocar a la Virgen como *Reina de los Apóstoles*, y no ciertamente por la actividad que desplegara al exterior, sino por la grandeza y eficacia de su oración y por las gracias que alcanzaba para las almas. No leemos, a pesar de sus magníficas cualidades, que fuera ni una catequista de los primeros tiempos. ¡Era la Virgen, el alma de oración, la columna de la Iglesia primitiva y posterior! Decimos: *Es la Madre de la Iglesia de entonces y de ahora. La Mediadora de todas*

las gracias para las almas. La Virgen era el alma ofrecida; era el alma unida a la voluntad de Dios.

Según es la intimidad de amor y la unión que tenemos con uno son las gracias que estamos seguros obtendremos de cuanto esté en su poder. La Santísima Virgen tenía su voluntad perfectamente unida a la divina y su unión de amor con Dios llegó a la mayor perfección a que ha llegado criatura alguna. Al unirla Dios tan delicadamente con El en amor iluminó su entendimiento e inflamó su voluntad, enseñándola y moviéndola a pedir lo mismo que Dios quiere conceder y del modo que más agrada a Dios.

206. Me enseña la doctrina cristiana, y lo veo en la Encarnación del Verbo eterno, que lo que Dios quiere es mi salvación y mi santidad y la salvación y la santidad de todas las almas. Por la salvación y santificación de las almas se ofreció Jesús y aceptó su muerte, tan dolorosa y afrentosa. La Virgen se ofrece por la salvación de las almas. En su oración recogida y de unión con Dios pide su propia fidelidad y santidad y pide la santidad para los apóstoles y la conversión y salvación del mundo.

Este ofrecimiento y esta oración de la Virgen nos explica la rápida dilatación del Evangelio, a pesar de los poquísimos apóstoles y predicadores como en el incipiente cristianismo había. La Vir-

gen, con su ofrecimiento interior y exterior, con su oración y petición, con su expiación e intercesión, era el Apóstol de los Apóstoles, era el alma expiadora, era mediadora de todas las gracias que con tanta abundancia bajaban del cielo. La Virgen pide lo que Dios quiere que pida y del modo que quiere se pida esta maravilla de gracias de conversión y santificación, y Dios se la concede y multitud innumerables de almas se convierten y se salvan. ¡Tan maravillosa es la eficacia del apostolado del alma de vida interior! ¡Tan inmenso es el poder del alma unida en amor con Dios! Dios no niega la petición del alma a quien El ha unido en amor Consigo.

San Juan de la Cruz enseñaba que el alma unida con Dios en amor unitivo ha recibido de Dios la luz de lo que ha de pedir y siempre alcanza lo que pide. Y fray Luis de Granada afirmaba: «*Los que de esta manera están unidos con Dios no pueden dejar de ser muy familiares amigos suyos, y así alcanzan muchas veces con sus oraciones mayores bienes para la Iglesia en una hora que muchos otros que tales no son en muchos años.*» ¿Qué no alcanzaría la petición de la Virgen?

También mi súplica y mi oración debieran tener ante Dios una eficacia y un poder semejante al de la Virgen en la santidad de la Iglesia y de las almas. También mi oración y mi vida interior y mi santidad debieran ser muy semejantes a la de

la Virgen, porque el Señor me ha llamado para tener yo la vida que Ella vivió, y Dios es el mismo y lo mismo es conmigo que con Ella. La Virgen vivía, guiada por la fe, en la mayor fidelidad de las virtudes y trataba directamente con Dios. Dios estaba en la Virgen y la Virgen estaba en Dios. *Dios obró maravillas en mi alma,* decía.

Y en mi oración y en mi vida interior Dios está igualmente en mi alma y trato directamente con El. Ni mi oración ni mi vida interior serán más santas porque yo hable más o discurra mejor o sienta más ternura, sino porque yo esté más atento a Dios y me mire en Dios y a Dios le mire en mi alma. Porque Dios es quien obra las maravillas en el alma y el que enseña e ilumina y transforma el alma, si el alma se deja enseñar, iluminar y transformar.

Dios quiere obrar maravillas en mi alma, como en la Virgen, y yo no le he dejado, no he puesto toda mi atención en Dios ni he sido fiel en mis obras. Sé, Dios mío, que querías hacer con mi alma una íntima unión de amor con Vos y un portento de santidad y no lo habéis hecho porque yo no he correspondido ni me he entregado a esa vida interior. ¡Cuánto bien dejo de hacer a la Iglesia y a las almas con mi infidelidad!

207. Pero ahora casi ni se estima ni se comprende la eficacia y el poder de la vida interior.

Se dice hasta exteriormente que estar en la oración es poco menos que perder tiempo o perderle por completo. Y es perder tiempo, y es la pérdida más lamentable, cuando no se emplea bien, porque es el tiempo de negociar con Dios y de recibir la enseñanza y las gracias de Dios. Parece un absurdo—o yo como absurdo lo veo—, sobre todo en las Ordenes religiosas y en las almas que se dedican a la oración. A mi parecer implica una contradicción en sí mismo.

En la Orden de religiosos carmelitas descalzos, hace unos años, se hacían en las preces diarias dos oraciones especiales, mandadas temporalmente por los superiores en favor de las misiones: una, la de la Iglesia, y otra, a Santa Teresa del Niño Jesús. Se daba importancia extraordinaria a la misión exterior y la tiene; todo para el movimiento exterior, para la misión exterior, que es necesaria de verdad. En cambio, de la fuente de la misión, de la vida y savia de la misión, de la misión más perfecta y que alcanza la eficacia para la misión exterior, no se ha ocupado o visto interés; no sé si se la menosprecia. Por las almas consagradas a esta misión, por las almas ofrecidas a la vida interior, no he visto que ni esa misma Orden ni en las oraciones de los tiempos actuales se haga oración alguna especial para que la vivan con perfección y no decaigan de su ofrecimiento y sean santas. No se pide porque haya exuberancia de vida interior, de reco-

gimiento y oración. ¿Cómo vamos a experimentar eficacia de apostolado y conversión de almas?

Me viene a la memoria un religioso a quien yo conocí y traté y tiene varias hermanas carmelitas descalzas. Cuando fue un tiempo al desierto trataron sus hermanas de conseguir que no fuera, porque ellas mismas consideraban que vivir en el desierto era inutilizar una vida que tanto valía, como si la vida de carmelita descalza no fuera de hecho *de ermitañas*, como decía Santa Teresa de Jesús. Cuando el Señor me llamó a mí mismo al desierto, y ojalá no me hubieran sacado nunca los hombres, se me hizo esa misma consideración de que iba a malgastar mi vida y a no hacer nada al desierto. Por este mismo falso criterio se ha dicho que al retiro del desierto sólo van los que no tienen cabeza ni valen para otra cosa. ¡Pobres San Juan Crisóstomo y San Basilio! ¡Pobres San Juan Damasceno y tantos otras lumbreras de la Iglesia! ¿Perdió la Virgen el tiempo viviendo retirada?

Veo que hoy ni las mismas Ordenes contemplativas aprecian la grandeza de la vida interior y retirada, y sería esta la señal manifiesta de que ni la viven ni intentan formalmente vivirla. ¿Cómo han de apreciarla ni alabarla?

Y ésta es la grandeza que vivió la Virgen. En esa vida se santificó la Virgen y alcanzó las gracias de conversión y santificación para los apóstoles y para todos los que se convertían y se santificaban

y continúan convirtiéndose y santificándose. Porque ¿qué hacía la Virgen en Nazaret? ¿Qué hacía en la casita de Efeso con San Juan? Ella pudo destacarse sobre todos los apóstoles, por su apostolado exterior, si se hubiera dedicado a él, por las magníficas cualidades externas que Dios la había dado de talento, de encanto, de atracción, de comprensión y de ciencia infusa; pudo dedicarse a la enseñanza del cristianismo, a captar adeptos, a difundir el nombre de Cristo por el mundo y animar a los convertidos. Pero la Virgen se recoge toda con Dios y se ofrece toda en silencio, oración y expiación, como hizo Jesucristo en los treinta años que vivió con Ella en la casita de Nazaret. Allí vive dentro, ofrecida toda para Dios. Allí, rogando por todos, es el manantial de las gracias que bajan de Dios a la tierra por Ella y la súplica eficaz que sube de Ella al cielo.

La Virgen es la alabanza perfecta a Dios. Porque Dios ha unido a Sí mismo el alma de la Virgen con la unión más íntima, más estrecha y amorosa que se ha realizado en la tierra; porque la Virgen está totalmente ofrecida a Dios, pide por los apóstoles y pide por la Iglesia, y su petición es siempre favorablemente despachada en el cielo.

Y ésta es la vida que yo he escogido. Me he consagrado a Dios como la Virgen y con el mismo modo de vida y con el mismo fin. Tengo que poner todo mi esmero en que no entre en mis potencias

ni un átomo de polvo de lo mundano ni de la manera de ser de los mundanos. La bombilla luce e ilumina cuando tiene el vacío; si entra aire se quema el filamento y se inutiliza. Tampoco debe entrar ambiente mundano en mi modo de pensar y de obrar. Soy yo quien tengo que iluminar el mundo con luz del cielo. He abrazado vivir la vida de la Virgen.

Pero la imitación de la vida de la Virgen en recogimiento y en oración, según yo puedo ver, es menospreciada. Se considera inútil el recogimiento y la vida interior y de oración que imita a la Virgen. ¿Nos atreveríamos a decir que la Virgen viviría hoy distinta vida que la que vivió? ¿Sería tan atrevido que dijera alguno que la Virgen hoy se dedicaría a la vida activa en alguna de las diversas manifestaciones y finalidades y dejara de vivir la vida que vivió?

208. No quisiera yo desfigurar tu vida, Madre mía. Veo que te pintan los pintores y te describen los poetas de muy diferente modo a como te dejan entrever los Evangelios. No saben expresar tu vida real, pobre, dura, interior, muy santa y te idealizan como ellos pueden y a su modo. Yo quiero vivir como Tú viviste. Yo quiero ser como Tu, alma en Dios, alma llena de Dios, alma toda perfectamente ofrecida a Dios; alma que vive en Dios y para Dios; alma que canta y alaba a Dios,

alma de expiación y de súplica y Dios obraría en mí la maravilla de la santidad como la obró en Ella; y Dios me uniría con El en unión de amor como a Ella.

La Virgen no se pertenecía por su ofrecimiento. Me lo dice Ella: *He aquí la esclava del Señor*. Vive pendiente de hacer la divina voluntad en todo; estaba siempre pronta para cumplir hasta la más mínima insinuación y deseo de la voluntad de Dios y vivía la riqueza de la vida interior en la viva presencia de Dios y en la detallada precisión de las virtudes. Vivía la santidad. Sus potencias estaban llenas de Dios. El alma de la Virgen era un cielo en la tierra; cielo por la plenitud de amor de Dios; cielo por la compenetración con Dios; cielo por la hermosura de las virtudes; cielo por la paz, bondad y mansedumbre de su alma y de sus acciones. Pero todavía no era cielo glorioso. En la fe y en la esperanza vivía la perfecta caridad, llena de gracia y de Dios.

De semejante modo debo vivir yo y ser también cielo en la tierra. Lo glorioso para allá, para el cielo. Pero debo estar lleno de amor de Dios y ser alma de Dios compenetrada con su querer, pronta para hacer en todo su divina voluntad, cantando las alabanzas a Dios y el agradecimiento por sus bondades en mí; debo ser alma abrazada a la cruz de la expiación y de la súplica. Mi cuerpo no debe ser tanto cuerpo mío como cuerpo de Dios,

porque se le tengo ofrecido. Y mi alma con sus pensamientos y sus amores no debe ser tanto alma mía como alma de Dios; estoy a su servicio ofrecido; hago su voluntad. Poseo a Dios como la Virgen. Dios está en mí y yo estoy en Dios. Dios es mi Amado y yo soy amado de Dios. Dios me posee.

Dichoso de mí si de tal manera me sé perder en Dios muriendo a mí mismo y dejo que Dios obre en mí su obra con la perfección que desea. Me hará amor suyo. Me encontraré en Dios; me veré en la luz de Dios y en la verdad de Dios. Me enseñará Dios el cántico del agradecimiento, y de la súplica. Habré llenado el fin para que me llamó a la vida retirada y de amor. Viviré para la Iglesia y para las almas viviendo en Dios.

209. ¿Hay actualmente muchos héroes de amor, héroes de fe, héroes de abnegación y de humildad? Dios quiere hacer la unión de amor como la hizo con la Virgen y sólo puede hacerla con los héroes de las virtudes. Dios me llama a mí para hacerme alma amor; para hacerme templo y morada suya donde se cante su alabanza, donde se dé gloria a Dios, donde se compren las almas por la expiación, donde Dios derrame sus mercedes y muestre sus maravillas. No es la ternura, sino la fe y la fidelidad la que mostrará que Dios está en mí y se agrada en mí. No es la ternura

ni el regalo la manifestación de mi oración, sino la atención a Dios y los deseos de Dios y de las virtudes. El alma permanece en Dios que es amor.

Haced, Dios mío, que mi alma sea cielo, que mi alma y mi cuerpo no sean tanto míos como vuestros y os complazcáis en mí como en la Virgen.

¡Oh Virgen bendita! Mi corazón se ensancha y fortalece soñando en Ti, en la realidad de tu vida, en la prosa de tu vida, o sea en lo áspero, duro y dificultoso de tu vida, que es donde se labró lo sobrenatural de tu vida y donde veo lo inmenso de tu amor a Dios. Esto me anima a vivir yo mi oración, a estar con Dios y no desfallecer en las dificultades y permanecer ofrecido en amor.

¡Oh Virgen bendita! Yo soy de Dios; por tus manos me he ofrecido. Esta casa donde vivo es de Dios, porque es tuya. Estos en cuya compañía vivo son hermanos míos, porque son hijos tuyos; todos queremos vivir y amar como tú viviste y amaste. No permitas que decaigamos de tu espíritu o dejemos entrar entre nosotros polvo de mundo o de comodidades o de disipaciones. No permitas que ni yo ni mis hermanos dejemos de vivir tu espíritu, tus virtudes, tu entrega; que nunca dejemos de permanecer en oración para que seamos flor de amor y fruto de expiación. Méteme, como te metiste Tú, dentro del pecho de Dios para ser en verdad amor de Dios.

Ya sé que en el pecho de Dios todo es santi-

dad, amor y limpieza y para poder vivir dentro del pecho de Dios tengo que ser limpio, humilde, trasparente, fiel y santo. En el pecho de Dios no puede entrar el amor propio, ni el mal humor, ni lo disipado y presuntuoso. Sé que Jesús me dice: «*Abreme para que yo entre en tu pecho*», y aquí te abro yo mi costado para que entres en mi pecho y llenarte de mi amor y tomar posesión de ti y convertirte en cielo de amor. Entonces sabré recogerme en mí mismo con Dios y permanecer escondido dentro de Dios. Entonces me hará comprender el Señor sus misericordias como te las hizo comprender a Ti. Entonces apreciaré la hermosura y el encanto y la delicia del amor de Dios y buscaré como Tú esa soledad íntima con Dios y practicaré primorosamente las virtudes y estaré radiante de contento, porque mi alma es de Dios y Dios es mío; porque Dios está en mi alma y yo estoy en Dios, Dios está haciendo su obra de amor en mí y yo me he dejado en las manos de Dios. Entonces la fe animará mis obras y lo mismo veré a Dios en mí en la aridez que en la ternura, en el consuelo que en la tentación. Siempre me veré lleno de Dios y éste será mi contento, y como Tú diré: «*Alma mía, alaba a Dios y mi espíritu está lleno de gozo en Dios porque hizo en mí cosas grandes el que es todo poderoso:* me llenó de su amor y soy amor de Dios y Dios es mi Amado.»

DECIMOTERCERA LECTURA - MEDI- TACION

DIOS ES LA FELICIDAD ETERNA DEL ALMA Y AUN EN LA TIERRA HACE DEL ALMA CIELO LLENANDOLA DE SI MISMO EN AMOR Y REALIDAD

210. Al estudiarme a mí mismo veo en mis obras y en mis inclinaciones la contradicción y aun la lucha entre las obras de la vida natural y de la vida sobrenatural. Mi vida natural debiera estar supeditada y encaminada a la vida sobrenatural en todas las acciones, ya que la vida sobrenatural se acrecienta y perfecciona por la vida natural. *Pero la carne tiene deseos contrarios a los del espíritu y el espíritu los tiene contrarios a los de la carne, como que son cosas entre sí opuestas.* Esta es la pobreza nuestra mientras vivimos en la tierra. Dios lo ha determinado así y tenemos que aceptarlo y aun santificarlo.

Sentimos, palpamos, vemos y nos impresiona-

mos con las cosas externas; precisamos, medimos, vemos cómo crecen o menguan los objetos materiales; tenemos conocimientos exactos de ellos y los juzgamos; pero de la vida interior espiritual y sobrenatural, de la vida de gracia y de amor en nuestra alma, ni vemos, ni oímos, ni palpamos, ni aun gustamos mientras estamos en la tierra para poder tener conceptos exactos. Todo el conocimiento es de fe, que es seguro, pero oscuro.

Y la ilusión, aspiración y esfuerzo no sólo de las almas consagradas a Dios en las órdenes religiosas, sino de tantas almas espirituales y deseosas de perfección como hay en el mundo, es vivir la vida espiritual, crecer en la vida espiritual, no poner mancha en el alma, ser totalmente de Dios y agradarle.

Y que no es una ilusión, sino un deseo verdadero, se ve en las obras y lo veis Vos, oh Señor, mejor que nosotros, y que es un deseo muy grande. Por ningún otro ideal o aspiración se dejan todas las cosas y se renuncia hasta la independencia de la propia voluntad, y para vivir la vida sobrenatural con perfección tantas almas como lo pretenden se despojan de todo, lo dejan, renuncian y sacrifican todo y se renuncian a sus propios gustos y a su nombre y a sí mismas. ¡Oh si yo me hubiese negado del todo como dijisteis Vos: *«El que quiera venir etn pos de Mí, niéguese a sí mismo»!*

En principio, yo y tantos como yo, me he ne-

gado a mí mismo, pero no del todo y luego en lugar de perfeccionar la negación de mí mismo he permitido que reviva en mí mi amor propio y mi gusto y mi pereza; no he permanecido en la perfecta negación de mí mismo y por ello no he llegado a la posesión perfecta de mi ideal. Si Yo me hubiera despojado y despegado de todas las cosas y me hubiera negado a mí mismo y puesto en vacío, Dios habría transformado ya mi alma como sólo El sabe y puede hacerlo y me habría unido en amor con El como lo ha prometido hacer con los limpios de corazón que se han preparado y despegado de todo y me habría comunicado la intensa vida sobrenatural, enriquecido con las virtudes y dado la santidad.

Pero dejo pasar los años sin poner de mi parte lo que debo y me lamento de que no adelanto, de que no alcanzo la vida de amor y santa como deseaba.

Por mi debilidad e inconstancia y por mi falta de confianza en el Señor, no me es fácil sobreponerme a las impresiones y al arrastre de esta mi pobre naturaleza en los gustos de mis sentidos. También lo tiene que hacer Dios, pero no la hace sin mi voluntad y mi esfuerzo.

¡Cuántas veces me pregunto a mí mismo lo que se preguntaba Santa Teresa de Jesús sin recibir una contestación clara como yo desearía: «*¡Oh Señor de mi alma y Bien mío!*—decía ella—.

¿Por qué no quisistes que en determinándose un alma a amaros, con hacer lo que puede en dejarlo todo para mejor emplearse en este amor de Dios, luego gozase de subir a tener este amor perfecto? Mal he dicho; había de decir y quejarme por qué no queremos nosotros, pues toda la falta nuestra es en no gozar luego de tan grande dignidad; pues en llegando a tener con perfección este verdadero amor de Dios, trae consigo todos los bienes. Somos tan caros y tan tardíos en darnos del todo a Dios, que, como Su Majestad no quiere gocemos de cosa tan preciosa sin gran precio, no acabamos de disponernos.» Es mía la culpa. No acabo de disponerme, de negarme y entregarme. Tengo que abrazarme con las disposiciones del Señor. Quiere el Señor que también en esto haga el grande y abnegado ofrecimiento a la fe confiándome ciegamente a El. En buenas y poderosas manos pongo mi alma para la vida espiritual y sobrenatural. No la veo crecer, no la palpo, ordinariamente no la siento, pero sé que mientras yo no lo impido Dios la está continuamente haciendo creer en mí. Vos veis, Dios mío, que ésta es la flor que yo quiero cultivar con todo mi esmero; que por crecer en esta vida sobrenatural todo lo he sacrificado y quiero sacrificarme a mí mismo y la pongo en vuestras manos.

Sé que aun cuando no la vea crecer ni cómo se va transformando y santificando mi alma, Dios no

sólo lo ve, sino que tiene cuidado de mí y está haciendo misteriosamente la transformación. Sé que si yo no me desaliento ni dejo de poner mi esfuerzo, Dios hará en mí la transformación perfecta y me unirá en amor perfecto.

211. La vida interior, la vida espiritual es vivir a Dios y con Dios; es vivir el mundo de dentro, de la luz, y el reflejo del amor de cielo; es estar metido en la atmósfera de la hermosura divina, empapado en la fragancia del mismo Dios.

La vida interior es la soberana vida de dentro toda verdad y encanto; es Dios en mi alma y hecho mío por amor y realidad de participación; es el trato y comunicación con el mismo Dios; es la mutua entrega del alma a Dios y de Dios al alma dentro de la misma alma y dentro del mismo Dios en misterio de amor.

La vida interior es estar en la posesión de Dios y tener a Dios por amor. Tengo y poseo a Dios cuando le amo. No veo mi amor en sí, pero sé que crece mi amor y le tengo cuando practico las virtudes y cuando guardo mi fidelidad a Dios.

Sé que el alma constante y decidida en entregarse con fidelidad a Dios, en cultivar intensamente el trato íntimo con Dios no solamente por la oración, que ya no puede dejar sin hacerle traición, sino por la presencia amorosa de Dios en todo: en el ofrecimietno de las obras, en el esmero

de cultivar el amor practicando muy delicada y heroicamente las virtudes, aun en esta vida empieza a gozar de la dicha sensible. No sólo goza con el gozo de la fe, sino también muy frecuentemente con los maravillosos e inexplicables efectos que Dios hace sentir al alma, muy superiores en gozo a cuanto se puede en la tierra soñar si no se han experimentado.

Dios me ha creado para poseerle y gozarle. Dios me ha creado para el cielo. Yo he escogido el recogimiento y me he apartado de los intereses y de las curiosidades para ser de Dios en todos mis actos; por lo mismo, he venido para buscar y vivir el cielo, la felicidad.

Si por cielo entiendo la dicha, la gloria, algo local y glorioso, un lugar que yo me figuro, eso no es Dios, eso ni siquiera es la felicidad; eso es un don de Dios, un regalo de Dios conveniente para la felicidad del cuerpo, pero sin la presencia gloriosa de Dios ni siquiera sería la felicidad. *La felicidad es la posesión y la visión gloriosa de Dios.* Yo, Dios mío, me retiro de todo, porque os busco a Vos mismo y quiero vivir en Vos mismo y para Vos. Después Vos veréis lo que queréis hacer de mí.

Dios quiere darme su cielo y me ha llamado para dárseme El y para darme su cielo, o mejor su gloria. Darme Dios su gloria es hacerme participante de sus perfecciones; es dárseme El mismo

y esto es lo que yo he venido a buscar, lo que yo le suplico cuando directamente le trato en la oración. Y se me da El mismo realmente, pero todavía no glorioso en la tierra. Después de la muerte se me dará El mismo, pero ya glorioso, ya en visión dichosa, ya en felicidad para siempre.

212. Los Santos se retiraron para buscar a Dios y estar con Dios. A Santa Lutgarda dio el Señor el don de hacer milagros. Las gentes venían continuamente a ella pidiéndole que las curara de alguna enfermedad, que curara sus animales, que les aumentara los bienes de fortuna, todo eso material que miran los hombres más que a su alma y que a Dios. Tenían mucha fe en ella, más que en Dios, porque veían provecho, como suele suceder en algunas devociones a algunos santos, porque les podía hacer algún bien en el cuerpo o en lo material. Para esto, aun cuando haya que recorrer el mundo entero, todos le recorremos, aun los que no se molestan para rezar una oración o hacer un sacrificio.

Este continuo recurrir de la gente pidiendo milagros la tenía bastante desazonada y era un peligro para su humildad y paz. Un día le dijo al Señor: «*Dios mío, no quiero el don de hacer milagros. Yo te quiero a Ti, solamente a Ti.*»

A la misma Santa veo que dijo el Señor: *¿Qué es lo que quieres?*» «*Soy muy* AMBICIOSA—respon-

dió la Santa—; *quiero vuestro mismo corazón*», y se cubrió la cara avergonzada de tal petición, y el Señor le dijo: «*Yo quiero el tuyo.*» Se trocaron el corazón.

Santa Teresa de Jesús le dice al Señor:

Si el amor que me tenéis,
Dios mío, es como el que os tengo,
decidme, ¿en qué me detengo?
O Vos, ¿en qué os detenéis?
—Alma, ¿qué quieres de Mí?
—Dios mío, no más que verte.

Observo que, generalmente, las Santas son más atrevidas en pedir a Dios su amor que los Santos, quizá por el mismo carácter de la mujer, más impulsivo y afectivo. Son los atrevimientos y las locuras de amor que el alma de amor dice al Señor, en las cuales Dios se complace, como observa la misma Santa Teresa.

Dios me ha creado para El, para que yo le posea en gloria después de haberle poseído en gracia, en amor y en fe. Dios quiere darme su misma gloria.

En el cielo no hay nada manchado. En el cielo todo es luz de Dios y armonía de Dios y alegría de Dios. No es luz ni armonía ni alegría como esta que tienen mis sentidos, es alegría y armonía y luz espiritual, sobrenatural, que brota de la misma esencia de Dios, que nunca cansa ni disminu-

ye, que llena siempre con nuevo gozo las potencias del alma y los sentidos del cuerpo.

El cielo es participación ya gloriosa del mismo Dios, posesión gloriosa de Dios, visión gloriosa y feliz de la esencia y perfecciones de Dios. El cielo es la felicidad. Nadie puede dejar de desear la felicidad. Dios nos ha criado para la felicidad. La felicidad es una exigencia de la naturaleza nuestra. El bueno y el malo la desean necesariamente. El bueno la desea y busca por el camino que Dios ha señalado y llegará a poseerla; el malo la busca por el camino del espejismo de este mundo prohibido por Dios y no llegará a obtenerla.

213. Dios quiere que le deseemos y deseándole le busquemos. Le buscaremos con el interés y esfuerzo que nos den nuestros deseos. El deseo es el esfuerzo para practicar el amor y crecer en el amor. El deseo es la capacidad del corazón para amar. Dios no deja de llenar aun en este mundo los deseos del alma y el amor y las virtudes llegan a desarrollarse en proporción de los deseos. Quiere el Señor que fomente en mí los deseos de amarle y de estarle ofrecido. Los deseos vuelan en las alas de la fe. Cuando la fe me levanta a la inmensidad del mismo Dios, mis deseos se agrandan hasta lo infinito y también mis obras serán santas y de amor. La fe dilata mi deseo hasta lo ilimitado cuando mis obras corresponden a mi fe. La fe

agranda el deseo y el deseo da bríos a la voluntad para obrar la santidad. Si mi corazón estuviera lleno de inmensos deseos de amor de Dios, ya hubiera desaparecido de mí el amor propio, ni estaría atado a los gustos de mis apetitos. El deseo levanta el espíritu y lleva a la santidad. ¡Oh Dios mío, si me hicieses arder en deseos, qué santas serían mis obras! ¡Qué despegado estaría de todo lo mundano y cómo me serían hasta desabridas todas las disipaciones y huiría de toda presunción!

El deseo me estimulará a buscar a Dios y me enseñará a encontrarle. Porque cuando Dios se me esconde de alguna manera, sea por sequedad, sea por tentación, se esconde dentro de mí mismo y en lo íntimo de mi alma he de buscarle y la fe me le hará ver infinito en Sí mismo y amorosísimo en mí. La fe me dice: *Dios infinito está en Ti y está obrando su amor en tu alma y tu alma está en Dios; sé limpio de corazón y le verás.*

El alma que se recoge en sí misma, a solas consigo misma, encontrará su nada, su inutilidad, y nunca será nada. Pero el alma que se recoge en sí misma con Dios, se recoge en la plenitud del amor y de la hermosura; adentro, dentro de sí misma tiene el foco de toda luz, la fuente de toda la vida, la hermosura de toda la verdad, de la verdad infinita. Y Dios dentro, dentro de lo íntimo del alma, está obrando su obra divina, está siendo Dios santificador para el alma, está escondido en el alma y

sin sentirlo el alma la está transformando y divinizando. ¡Oh alma mía!, escóndete dentro de ti misma con Dios y deja obrar a Dios en silencio la obra de amor. Ahí te unirá con El mismo. Ahí, sin darte tu cuenta, recibirás lo que tú no puedes ni comprender. Dios te hará amor y hermosura suya. Permanece con Dios en silencio, esperanza y amor. El deseo se hará amor y obras. Cuanto mayores sean los deseos, mayor será la capacidad de amar, más santas serán las obras, mayor será la gloria eterna en el cielo.

214. En el cielo no hay nada manchado. El cielo es luz y hermosura infinita de Dios; el cielo es gozo y transparencia de la verdad infinita de Dios en sabiduría infundida por Dios. Y decimos que es luz, hermosura y transparencia de verdad, no porque haya allí color y blancura, como la de aquí, sino porque son las palabras que tenemos para expresar lo más bello e ideal que podemos concebir.

Porque la Virgen fue limpia, inmaculada sin la menor sombra desde el primer momento de su existencia hasta que presentó su alma ante el Señor en el momento de la muerte, Dios la dio el premio singular de trasplantar su cuerpo glorioso al cielo antes de los tiempos señalados para el común de las gentes. Fue el premio de la limpieza de su alma.

El cielo verdadero, la gloria verdadera, es Dios mismo. La felicidad, la dicha perfecta y eterna, la satisfacción de todos los deseos, es la posesión de Dios, la visión de la esencia de Dios. Sólo Dios es la felicidad y comunica la felicidad. Ningún lugar material, por alto y hermoso que sea, puede dar la dicha y la felicidad, que está esencialmente en el espíritu y por redundancia se extenderá al cuerpo.

Después de la resurrección gloriosa de los cuerpos el alma no será más feliz que antes, pero hará participante de su felicidad al cuerpo.

Si me fuera posible tener ahora noción clara de la naturaleza y esencia de Dios, tendría también concepto claro de la gloria y del cielo. Como no puedo tenerle y mi entender es ahora ayudado de mis imágenes o ideas, siempre me figuro un cielo local, una gloria en un lugar y a Dios iluminando ese lugar glorioso.

Cierto que habrá un lugar glorioso como no podemos soñarle donde vivan felices los bienaventurados. *Pero la gloria y la felicidad es Dios mismo. Se entra en la gloria o empieza la felicidad con la visión gloriosa de Dios.* ¿Dónde están ahora las almas gloriosas de los que murieron en gracia de Dios? El alma es espiritual y no necesita lugar para existir o estar. Está donde actúa. Las almas gloriosas están en Dios, no sé cómo, pero están en Dios y en sí mismas, como están las sustancias separadas.

Cuando los santos tuvieron alguna vez, por merced e iluminación especial de Dios, algunos atisbos o inteligencias de lo que es Dios—inteligencias que esclarecían su fe—, ya vivían derritiéndose en ansias de despojarse de la tierra y ver a Dios y unirse con Dios. Deseaban irresistiblemente a Dios, y como no se le puede ver ni poseer en esta vida, pedían y deseaban dejar ya el cuerpo.

Todos deseamos la felicidad. Para la felicidad hemos sido criados. Nuestro fin es la felicidad y no podemos dejar de desearla, como no se puede dejar de desear el fin último. Pero la felicidad es Dios y sólo está y se encuentra en la posesión de Dios. Cuando se tienen más altas y claras nociones de la esencia de Dios y de sus perfecciones infinitas, más vivamente se encienden los deseos de verle y poseerle. Las almas de amor, iluminadas, deseaban la unión total con esa luz y bien infinitos, de los cuales se les habían mostrado algunos resplandores. Deseaban sobre todas las cosas la felicidad, la verdadera vida, la deseaban con ansias vehementes.

Todas las cosas tienden al fin que el Señor las ha señalado. Si veo una mole de piedra suspendida en el aire, pienso que está en el aire contra su naturaleza, que es tender hacia abajo, al centro de gravedad, y si se sostiene es por una fuerza superior, que la impide bajar. Pues el centro de mi alma es Dios. La tendencia o inclinación de mi

alma es mi deseo. Mi deseo es la felicidad, ser dichoso, y sólo puede serlo mi alma en Dios. Necesariamente deseo la felicidad y la busco: no está en el gusto del cuerpo, ni en la disipación o recreo de mi imaginación. Dios mío, te deseo y te busco. Tú eres la felicidad del alma.

Entre los muchos santos que habían gustado regaladas mercedes de Dios, que eran los atisbos anticipados de la gloria venidera con la posesión de Dios, estaban Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. La primera decía y repetía:

¡Oh dueño adorado,
sácame de aquí.
Ansiosa de verte,
deseo morir!

Quiero muriendo alcanzarle,
pues a El sólo es al que quiero.
Que muero porque no muero.

Y el segundo, desarrollando el mismo sentimiento, decía:

En mí yo no vivo ya,
Y sin Dios vivir no puedo.
....
Muriendo porque no muero.
Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida;
....

Mira que peno por verte,
y mi mal es tan entero,
que muero porque no muero.

¡Qué inmensas eran las ansias que tenían de ver a Dios y estar ya con Dios! Ya nada se les ponía delante que no pasaran por encima de ello con tal de ver a Dios. Sobrellevaban esta vida porque esa era la voluntad de Dios, pero siempre pensaban y deseaban la otra. Hace Santa Teresa el mayor sacrificio y nos dice que fue el de continuar viviendo en esta vida resignada, y la consolaba pensar que de este modo tendría Dios más amadores en la tierra.

¿Qué será Dios en Sí, pues tanto le deseaban? ¿Qué será poseer a Dios? Ya he recordado repetidas veces que es sobre cuanto se puede pensar y soñar. Que ni el mismo entendimiento infinito de Dios puede pensar nada más noble, más perfecto ni más hermoso que su naturaleza y sus perfecciones, y que ni en toda la eternidad puede pensar una sola perfección que no la tenga actualmente o no la haya tenido o tenga en algún momento. Dios es la perfección infinita actual y es la eternidad actual, o sea la reunión y goce simultáneo y perpetuo de todas las perfecciones y gozos posibles. Dios es el infinito y será la felicidad y el gozo perpetuo e inacabable de los bienaventurados en el cielo.

215. El alma de amor o el alma de obras santas goza con el mayor gozo que se puede tener en la tierra, porque ya en esta vida tiene a Dios como en esta vida se puede tener y aun posee a Dios. No le tiene y posee por la visión directa de su esencia ni por la plenitud de vida gloriosa, pero le tiene y posee por la realidad del amor, porque sabe que está en Dios y Dios en ella por esencia, presencia y potencia, y está obrando en ella el amor y la transformación y está por la visión de fe, que la asegura la esperanza de vida eterna.

Por la verdad de fe y la verdad del amor, con la limpieza del espíritu, el alma fiel está ofrecida a Dios y tiene su voluntad unida a la de Dios y aun en la tierra siente, a veces, gozos inexplicables de haberse entregado a Dios y de que Dios la ha recibido, de que posee a Dios y Dios la posee a ella, aun cuando le posee nada más que por gracia y en amor; no en gloria ni en dicha, pero sí en ciertos efectos íntimos que no sabe explicar *y toda deuda pagan.* Si yo supiera, Dios mío, decir algo de esos efectos de vuestra misericordia en el alma! ¡Si supiera y se pudiera decir algo de lo que esta alma siente! San Pablo dijo que no podía caber en el corazón del hombre ni menos expresarse por lenguaje humano. Santa Angela de Foligno decía: «Me llaman la *poseída* y no quiero contradecirlos.» De sus deseos y de su alta noción de Dios nos dicen sus biógrafos que *«no podía oír hablar de*

Dios sin prorrumpir en alaridos que no hubiera podido contener, aun cuando tuviera un hacha suspendida sobre su cabeza, y que la dulzura de Dios penetraba hasta lo profundo del corazón y se derramaba por todo su cuerpo».

Los deseos del alma o la capacidad de amar del alma, que son los deseos, serán bien colmados, aun en esta vida, con los gustos de los bienes de Dios. «*Que no da Dios—escribía fray Luis de Granada—deseos a los suyos para atormentarlos, sino para cumplirlos y disponerlos para cosas mayores.*»

Decir Dios es decir todo bien y todos los bienes. Decir Dios es reunir en una palabra todas las perfecciones, no sólo las perfecciones que actualmente existen, no sólo las perfecciones que la inteligencia criada puede concebir, sino todas las perfecciones posibles y la suma perfección en el Sumo Bien, en la Suma Verdad, en la Suma Hermosura y Perfección infinita. Dios está en todos los seres y creó todas las cosas que existen; pero Dios, al crear los seres, no recibió gozo especial o perfección especial que no hubiera tenido siempre y no hubiera gozado siempre. Al decir el primer día del principio de los tiempos: *Hágase,* aparecieron los mundos y los seres, y van apareciendo según Dios quiere irlos creando, porque eternamente Dios estará creando seres y mundos nuevos sin jamás agotarse. Dios comunicó existencia y vida y amor, pero no recibió nada que no hubiera tenido

siempre. Dios siempre ha tenido la obra y la vida de dentro de Sí mismo, que es la vida y la obra infinita e invariable. Nada hay nuevo para Dios. Siempre lo ha visto y tenido todo vivo dentro de de Sí mismo. Dios es la Vida, como es la Verdad y el Bien y la Hermosura y la Felicidad. En Dios estaban eternamente todos los seres.

Aún cuando Dios no hubiera creado los seres y los mundos, no era menos de lo que es, como no será más cuando haya creado los nuevos mundos y los nuevos seres que creará en el futuro. Dios tiene en Sí no sólo el mundo actual, no sólo todos los seres que actualmente existen con sus propiedades y perfecciones, no sólo nuestras acciones y voluntades, no sólo cada uno de los átomos con las fuerzas y las leyes de todos y de cada uno y de todas las leyes y fuerzas que ha puesto en la naturaleza que El ha creado; tiene también dentro de Sí y en su esencia infinitos mundos, de los cuales muchos quizá cree en lo futuro y muchísimos más que no creará nunca. Todos los tiene presente y los ve y los goza. Dios está en la dicha infinita de Sí mismo y de todas las cosas posibles. Dios es el que comunica dicha a cuantos la tienen.

Dios es la vida por esencia y el Creador de toda vida y en Dios todas las cosas tienen vida. No hay nada muerto en Dios. Dios es la vida eterna, sin menoscabo ni ocaso ni deficiencias; es la vida verdadera y el manantial de toda vida y el que me

da a mí la vida que tengo y me dará la vida feliz que espero.

Dios es el infinito gozo en Sí mismo, sin posible sombra de hastío o de cansancio. Su esencia es el Sumo Gozo siempre actual, siempre nuevo, siempre sin disminución. Y es el que comunica gozo a cuantos le tienen y ha criado mi alma para llenármela de su mismo gozo al darme posesión y participación de Sí mismo en el cielo. Me dará el gozo para siempre según hayan sido mi amor y mis obras o mis virtudes.

216. ¡Pobre del alma que no tiene el amor de Dios! ¡Triste del alma que no está iluminada con la luz de la fe ni presiente los horizontes de eterna gloria!

Todos tenemos—y no podemos dejar de tener—en nuestra alma por naturaleza la inclinación a ser felices, el ansia de ser felices. Todos nuestros movimientos y esfuerzos son para acercarnos a la felicidad, por ver, si nos es posible, alcanzar la felicidad, y la felicidad no está en la tierra. Nos preparamos para vivirla en el cielo. La felicidad en la tierra es

> Luz de misterioso arcano,
> vaga sombra celestial,
> ....

Tú eres en mi corazón
la eterna revelación
de mi espíritu inmortal.

El que no cree y llega hasta quitarse la vida es porque, no iluminándole la luz de la fe, ni aun de la razón, busca su felicidad dejando de sufrir en la tierra y desapareciendo, no previendo lo que se encontrará más allá.

Ninguno podemos renunciar a este deseo que Dios ha puesto en nuestra naturaleza y nos le ha señalado como fin último. Deseo santo y aspiración nobilísima. Este deseo es el que me ha movido y me mueve a mí para dejarlo todo y abrazarme con el sacrificio y consagrarme a Dios apartado de lo mundano y de las diversiones y bienes terrenos. Quiero sembrar en sacrificio y en virtud, como dijo Jesucristo, para recoger en gloria eterna. Este deseo y esta aspiración son los que me alientan y estimulan cuando siento el decaimiento. Busco la vida sobrenatural; busco la vida de gracia y de amor en mi entrega a Dios, entrega que quiero sea perfecta, porque busco y deseo mi felicidad eterna en la visión y posesión de Dios.

Yo he sido creado para la felicidad. Mi fin último es la felicidad y la felicidad es el gozo de la posesión de la verdad, y la Verdad infinita es Dios. Gozo es la fruición de la alegría por la posesión del bien deseado y perfecto.

La felicidad es la más alta y noble perfección del hombre. La felicidad es el acto más noble y excelso de la facultad más perfecta del hombre. La felicidad radica principalmente en el entendimiento y se difunde y extiende a la voluntad. Dios llena el entendimiento de su luz sobrenatural y el entendimiento unido a Dios queda saturado de las perfecciones del mismo Dios y posee a Dios en sumo gozo y gloria por la visión gloriosa de la esencia divina y une la voluntad a la voluntad del mismo Dios en gozo soberano de amor, y este gozo se difunde por todo el ser y llena de satisfacción todos los deseos y aspiraciones.

Con la visión gloriosa de Dios mi entendimiento, mi voluntad, mi alma en todas sus potencias y actividades, quedará llena de luz de Dios, de la hermosura y sabiduría de Dios, del mismo gozo de Dios. Veré en Dios, conoceré en Dios, poseeré gozosamente en Dios todas las cosas, porque poseeré a Dios. La posesión de Dios no es como este pobrísimo conocimiento y posesión que aquí tengo de las cosas. Veo un bien y le deseo, pero el bien está fuera de mí; ni comprendo su esencia ni sus propiedades. La visión y posesión de Dios y de las cosas en Dios es de dentro. Yo estaré consciente y gloriosamente en Dios, poseo a Dios y me veo poseído, saturado, empapado en Dios y en sus perfección, sabiduría y poder. Hago mías, me empapo y vivo estas perfecciones de Dios y su gozo in-

finito es mi íntimo gozo. Mi alma queda llena del gozo de Dios y del gozo de conocer y poseer todas las cosas en Dios.

217. Si mi alma no estuviera totalmente llena de gozo en mi voluntad y en mi entendimiento, si no sintiera gloriosamente satisfechos todos mis deseos y aspiraciones, no habría entrado aún en la felicidad, no sería gloriosamente dichosa.

La felicidad es la saturación gozosa, siempre en renovado gozo, sin cansancio ni hastío, de las potencias entendimiento y voluntad; el entendimiento, llenando su ansia de conocer, y la voluntad, su deseo de amar.

La felicidad es la consecución gloriosa de todas las aspiraciones y deseos hasta no caber más en ella. Después, cuando el cuerpo haya pagado su tributo a la muerte y a las leyes de la descomposición, y por disposición de Dios vuelva por la resurrección a la vida y a ser de nuevo informado por el alma para ya nunca jamás separarse, el alma no recibirá más gloria de la que tenía, pero Dios extenderá la felicidad y dicha también al cuerpo, premiándole lo que sufrió y dotándole de las dotes gloriosas de impasibilidad, agilidad, sutileza y claridad.

También mi cuerpo será feliz después de la resurrección y lo será en proporción de la santidad y de las virtudes que el alma consiguió. ¡Di-

choso el cuerpo que fue fiel a la ley de Dios y sufrió y ayudó al alma a conseguir la santidad, porque la merced que reciba no será corta y será para siempre! El cuerpo no verá a Dios, pero sentirá los dichosos efectos de la visión del alma. El alma entonces comunicará directamente al cuerpo sus propiedades y será más hermoso y más perfecto y apto para recibir más gloria el informado por un alma más santa. ¡Oh cuerpo mío, cuánto gozo sentirás en el cielo!

Cuando llega a conseguirse el gozo en la tierra, es un gozo fugaz, más o menos pasajero, pero fugaz, no es permanente. Todos sabemos y repetimos las palabras que Salomón dijo después de haber saboreado los gozos terrenos: «*Vanidad de vanidades y aflicción de espíritu.*» El gozo de las criaturas que no está reglamentado por la voluntad de Dios deja amargura, inquietud, desazón. Encuentra el alma limpia y hermosa y la deja manchada y hecha girones.

El gozo de suyo es bueno y santo en la tierra cuando está dirigido y encaminado a Dios. El gozo es posesión de bien. Con entrañable y efusivo cariño abrazan los padres a sus hijos, y más cuando son tiernos niños, y más cuando son buenos y llenan el ideal que sobre ellos habían concebido. Pero todo es un momento de momento, aun el que parece más duradero. Todo se pasa.

El gozo de Dios es estable. El gozo de Dios es

permanente. La bienaventuranza o felicidad es el sumo gozo que puede tener el alma por haber llegado a la consecución del sumo e infinito bien, de la suma e infinita hermosura y de la suma e infinita perfección. Y ese gozo ya jamás se perderá ni disminuirá. El alma de tal manera ha llenado su capacidad de gozar y de saber, que rebosa hasta no caber en ella más gozo. Queda satisfecha, saturada. Se colmaron todas sus ansias y todos sus deseos y aspiraciones.

Los deseos y las ansias eran la capacidad del alma, y cada alma tiene y fomenta los suyos haciéndolos crecer. Los deseos vuelan en alas de la fe, que tiene horizonte infinito y se remonta hasta Dios. Los deseos se hacen realidad y se incrementan por la fidelidad en vivir las virtudes. Los deseos fieles son la capacidad de amor y la capacidad de cielo y de conocer y gozar de Dios.

Si en el cielo no quedaran satisfechos y colmados todos los deseos y todas las ansias, no se habría conseguido la felicidad aún.

Cada alma labra su capacidad de amor, de gracia y de cielo. Cada alma tiene el cielo que quiere tener, según haya agrandado sus deseos con la fidelidad de las virtudes.

Dios da el cielo ganado y no hay otro límite que el de la fidelidad. Dios goza en satisfacer y colmar todos los deseos de las almas, cuanto más intensos mejor; y las almas que reciben más gloria

de Dios también le dan más alabanza y agradecimiento.

218. No se agota Dios llenando la capacidad del alma en sus deseos de gloria.

Dios es el ser infinito, infinito, infinito en todo bien y en toda perfección, sabiduría, poder y hermosura y en gozo infinito. El infinito nunca puede ser menos disminuyendo ni puede ser más aumentando. Es el infinito, y todos pueden participar del infinito en infinitos modos, según sea su capacidad, como un vaso puede contener agua del mar según sea su tamaño. El alma en el cielo queda llena de Dios en toda su capacidad, por inmensa que sea. El alma feliz está empapada en las perfecciones divinas. ¡Oh dicha del alma toda empapada en la gloria del mismo Dios! Tiene vida y gozo de Dios y es Dios por participación.

No hago ahora referencia al cielo local, o sea a como nos figuramos nosotros un lugar fantástico, que es el cielo, donde se tendrá todo y se conocerá todo y no faltará nada en el orden material y tendré conocimiento y amistad gloriosos con todos. Cuanto sobre esto pueda soñarse y cuanto pueda decir la inteligencia más elocuente y perspicaz no es ni sombra de lo que ha de ser y Dios tiene preparado en la realidad para sus escogidos. Pero todo esto es nada comparado con la gloria y felicidad en Dios, porque es gozar de criaturas,

y por nobilísimo y encantador que sea, es como nada comparado con Dios, y la gloria y la felicidad es gozar de Dios y tratar con Dios y vivir con Dios, y en Dios tratarlo y gozarlo y vivirlo todo.

La felicidad, la gloria, es la realidad sobrenatural de estar lleno de Dios y gozar de Dios en su mismo gozo, en su misma vida, en sus mismas perfecciones. Y se posee y goza de Dios y se viven sus perfecciones no sólo por fuera, sino por dentro, en lo íntimo de dentro. El alma en lo íntimo de Dios y Dios en lo íntimo del alma. El alma hace suya la misma vida de Dios, hace propia la misma hermosura de Dios, la misma sabiduría, el mismo poder y bondad de Dios, cuanta sea su capacidad, cuanto haya sido la realidad de sus deseos en el amor y en las virtudes. Mi alma se hará Dios por participación. Depende de mí mismo el cielo, la gloria, el saber, el amar y el poder que yo haya de tener en la eternidad.

Es el ejemplo que con frecuencia se pone de los vasos de diferentes tamaños, llenos todos de agua. Cada vaso tiene la cantidad de agua según su capacidad, desde una gota hasta un estanque. Pero el tener grande o pequeña capacidad para poseer la grandeza divina está en mi voluntad o decisión. Dios me llama para que yo le ame inmensamente y me da gracia para poder hacerlo. Dios quiere poner en mí capacidad inmensa, pero de-